

28

Crisis política
e ideológica
del sindicalismo
en una Europa cada
vez más autoritaria

ASBJØRN WAHL



Sindicatos europeos: crisis política e ideológica en una Unión Europea cada vez más autoritaria

Asbjørn Wahl

El papel histórico de la socialdemocracia	5
Ataques masivos a los servicios públicos, los salarios y las pensiones	8
Hacia una Europa autoritaria	13
La Unión Europea como obstáculo	14
Déficit democrático	15
Neoliberalismo constitucionalizado	16
Legislación irreversible	16
El Euro como camisa de fuerza económica	17
Falta de simultaneidad en los procesos de toma de decisiones e implementación	17
Ampliación de competencias del Tribunal de Justicia Europeo	18
La Unión Europea está amenazando la unidad de Europa	19
Barreras internas político-ideológicas	20
Aumento de la resistencia	24
¿Qué hacer?	27
Notas	30



Documentos 28

Abril de 2014

www.mrafundazioa.org

@mrafundazioa

Sindicatos europeos: crisis política e ideológica en una Unión Europea cada vez más autoritaria

Asbjørn Wahl

La Europa contemporánea se encuentra afectada por un grave drama político y económico. Al terrible trauma de la crisis financiera ha seguido el desastre de la deuda soberana. En los países más profundamente afectados, la gente se ha tenido que enfrentar a ataques masivos contra los servicios públicos, los salarios, las pensiones, los sindicatos y los derechos sociales. Draconianas medidas de austeridad han provocado el empeoramiento de la situación en esos países, sumiéndolos en una profunda depresión económica. El resultado ha sido una crisis política y social aún más grave. El desempleo masivo no deja de crecer y, tanto en Grecia como en España, el desempleo juvenil ha rebasado el 50 por ciento. Dicha situación está provocando intensos enfrentamientos internos en la Unión Europea, tanto sociales como políticos.

Frente a estas innumerables crisis, los movimientos sindicales tradicionales parecen sumidos en la perplejidad y parcialmente paralizados. La socialdemocracia se encuentra en un estado de confusión y desorganización política e ideológica, como reflejo de la profunda crisis que afecta a estos movimientos. Por un lado, unos socialdemócratas han desempeñado un papel importante en los duros ataques realizados contra los sindicatos y el estado de bienestar en los países en los que han ostentado el poder. Pero otros socialdemócratas hacen declaraciones y llamamientos condenando rotundamente el rumbo político que sigue actualmente la

Asbjørn Wahl es asesor del Sindicato Noruego de Empleados Municipales, vicepresidente del sector de trabajadores del transporte por carretera (ITF) y Director de la campaña a favor del estado de bienestar, una alianza nacional basada en sindicatos que luchan contra la privatización y la liberalización. Su libro más reciente es *The Rise and Fall of the Welfare State (Ascenso y caída del Estado de Bienestar)* (Pluto Press, 2011). El texto original en inglés se publicó en <http://monthlyreview.org/2014/01/01/european-labor>.

Unión Europea. Los sindicatos también se han visto afectados por las diferentes crisis y han sido incapaces de refrenar los ataques de que han sido objeto. No hay duda de que el desempleo masivo también está debilitando su poder e influencia en las mesas de negociaciones. La vasta reestructuración de las industrias, la privatización de los servicios públicos y el aumento de los trabajadores temporales han contribuido a la pérdida de poder de los sindicatos.

Esta parálisis de la izquierda política se hizo patente en 2011 cuando enormes cantidades de jóvenes protestaron en países como España, Grecia, Portugal, e Italia. Los movimientos de protesta estaban más influidos por lo que había sucedido en la plaza Tahrir del Cairo que por los partidos políticos o sindicatos de sus propios países. Estos últimos apenas hicieron acto de presencia para crear alianzas, politizar o contribuir a marcar el rumbo y el contenido de la lucha. Al contrario, grandes sectores de la burocracia sindical se han quedado estancados en una ideología de pacto social que ya no tiene significado alguno, dado que las fuerzas capitalistas han renunciado al compromiso histórico contraído tras la Segunda Guerra Mundial entre los trabajadores y el capital y han pasado a la ofensiva para derrotar al movimiento sindical y librarse de los mayores logros del estado de bienestar.

Mientras se desarrolla la crisis económica más grave y profunda desde la depresión de los años treinta, la crítica al capitalismo ha quedado más o menos acallada. Los movimientos sindicales y obreros han dejado de representar una alternativa general y creíble a un capitalismo dominado por la crisis que genera desempleo masivo, pobreza, sufrimiento y miseria en grandes sectores del continente europeo. Los sindicatos han presentado propuestas alternativas pero han ignorado las estrategias y demostrado no tener capacidad ni disposición para poner en práctica los medios de lucha necesarios para ganar terreno. A nivel europeo los sindicatos han agudizado su retórica, pero se han mostrado vacilantes a la hora de convocar la movilización necesaria para resistir los ataques.

¿Cómo ha podido pasar esto en una parte del mundo que ha sido la sede de los sindicatos y movimientos obreros más fuertes y militantes del mundo? ¿Por qué la oposición y la resistencia no han sido más fuertes? Y, ¿cómo hemos llegado al punto en que los gobiernos socialdemócratas de Grecia, España y Portugal han protagonizado algunos de los ataques más

graves hechos a los sindicatos y al estado de bienestar, hasta que la resistencia de la población y los votantes frustrados los han expulsado del poder sustituyéndolos por gobiernos de derechas todavía más fieles al capital financiero?

Este artículo trata de los retos y obstáculos a los que se enfrentan hoy los sindicatos en la Unión Europea. Hay una serie de barreras estructurales dentro de la propia Unión Europea, en tanto que institución supranacional, pero también hay barreras políticas e ideológicas que impiden a los sindicatos desempeñar su papel en la actual situación. Describiremos los desarrollos más importantes que están afectando, así como amenazando, a lo que se suele denominar el Modelo Social Europeo: ataques a los servicios públicos, pensiones, salarios y condiciones laborales, así como fuertes tendencias antidemocráticas. Pero en primer lugar, es necesario abordar brevemente el papel actual de la socialdemocracia en Europa a la luz de su historia.

El papel histórico de la socialdemocracia

Muchas cosas parecen sugerir hoy que la era histórica de la socialdemocracia ha llegado a su fin. Ello no significa que partidos políticos que se llaman a sí mismos socialdemócratas (o socialistas, como se denominan en Europa meridional) no sean capaces de ganar elecciones y constituir gobiernos, solos o con otros partidos. Sin embargo, el papel que ha desempeñado históricamente la socialdemocracia, en tanto que estructura de partido político con un cierto proyecto social progresista, parece haber desaparecido para siempre. Los objetivos originales de la socialdemocracia -desarrollar el socialismo democrático mediante reformas graduales, hacer que la economía esté bajo control político, y satisfacer las necesidades económicas y sociales de la gran mayoría de la población - fueron abandonados hace mucho tiempo. En lo que nos centraremos en cambio es en el papel que desempeñó en su edad de oro -la época del capitalismo del bienestar- en tanto que partido político con un proyecto social dentro del capitalismo.

El cambio en la naturaleza de los partidos socialdemócratas se ha venido desarrollando durante mucho tiempo, pero la actual agudización

de las contradicciones sociales ha contribuido a poner de manifiesto lo que se esconde bajo ese fino velo de retórica política. En los últimos años, en los países de la UE donde la socialdemocracia ha ostentado el poder, sus dirigentes han sido fieles ejecutores de brutales políticas de austeridad, asistiendo impertérritos a los ataques masivos al estado de bienestar y a los sindicatos.

A su vez ello ha conducido, entre otras cosas, a una espectacular retirada del apoyo de los votantes a los socialdemócratas; salvo alguna excepción, apenas están representados hoy en los gobiernos europeos.

El papel de la socialdemocracia en su edad de oro fue el de administrar el compromiso de clase, no el de representar a los trabajadores contra el capital, sino el de mediar entre las clases dentro del marco de una economía capitalista regulada. El resultado fue que los partidos (especialmente cuando se mantenían en el poder durante largos periodos) pasaron de ser organizaciones masivas de trabajadores a ser organizaciones burocráticas fuertemente integradas en el aparato estatal, con espectaculares pérdidas de afiliados y en las que sus organizaciones se iban convirtiendo en instrumentos para los arribistas políticos y en una maquinaria de campaña para una nueva élite política.

Basada como estaba en el compromiso de clase, la socialdemocracia se fue hundiendo en una mayor crisis política e ideológica a medida que los dueños del capital, en respuesta a su propia necesidad de acumularlo, comenzaron a renunciar gradualmente al compromiso histórico en torno a la década de 1980. Los partidos socialdemócratas estaban tan profundamente integrados en el aparato estatal que fueron cambiando al mismo tiempo que el Estado mientras éste se iba viendo cada vez más influido por la emergente hegemonía neoliberal. Los partidos socialdemócratas han contribuido por lo tanto en gran medida a la desregulación, a la privatización y a los ataques contra los logros sociales de las últimas décadas. Esto ha sido así tanto si se producía bajo la etiqueta de “*la tercera vía*”, como en el Reino Unido; *Die neue Mitte*, como era llamado en Alemania bajo Gerhard Schröder; o incluso bajo la adúladora divisa de *folkhemmet* (“el hogar de las personas”) en Suecia. De hecho, cuando los gobiernos socialdemócratas estaban en mayoría a finales de la década de 1990, por primera y única vez en la historia de la UE, no hubo ningún cambio en la política neoliberal de la UE. Esto hizo que un comentarista de la

época llegara a la conclusión de que “no ha quedado nada de la izquierda”.¹

La decadencia político-ideológica de la izquierda quedó bien ilustrada por la cantidad de declaraciones absurdas que se produjeron a raíz de la crisis económica con relación a las medidas de emergencia de los gobiernos. Muchos socialdemócratas europeos afirmaron que los grandes rescates de los gobiernos a los bancos e instituciones financieras eran la prueba de que la política de la izquierda había vuelto. Se dijo que la reglamentación estatal y el keynesianismo habían regresado para restaurar el honor y la dignidad. Incluso la portada del Newsweek proclamó: “Ahora todos somos socialistas”.² El moderado Secretario General de la Confederación de Sindicatos Europeos (CES), John Monks, ahora retirado, lo expresó así: “Ahora en Europa, todos son socialdemócratas o socialistas: Merkel, Sarkozy, Gordon Brown... Tenemos el viento a nuestro favor”.³

Sin embargo, existe una diferencia entre las políticas de reforma social keynesianas y los desesperados rescates de los gobiernos para salvar a los especuladores, las instituciones financieras y, tal vez, al propio capitalismo. Fueron muchos los que se dieron cuenta de esto último cuando la crisis económica se transformó en una crisis de deuda soberana, y los paquetes de incentivos fueron sustituidos por políticas de austeridad reaccionarias y antisociales, mediante las que se salvaba a los bancos e instituciones financieras a costa del nivel de vida, el bienestar y el trabajo de la gente corriente.

La socialdemocracia ha apoyado, sin excepción, todos los tratados neoliberales y la importante legislación sobre austeridad en la Unión Europea. Los partidos socialdemócratas han prestado pleno apoyo al establecimiento del mercado único, lo cual ha sido en realidad un proyecto sistemático de desreglamentación, privatización y socavamiento de los servicios públicos y de los sindicatos. El problema al que ahora se enfrentan los partidos socialdemócratas es que las exigencias de políticas keynesianas de estímulo, que algunos de ellos defienden, infringen los mismos tratados y leyes que ellos mismos contribuyeron decisivamente a aprobar. Los propios socialdemócratas se han metido en un callejón sin salida y cada vez se encuentran más atrapados entre la creciente rebelión social y su lealtad a la Unión Europea neoliberal.

La crisis política también afecta a los partidos situados a la izquierda de la socialdemocracia. En los países en los que tales partidos han gobernado en coalición con los socialdemócratas –Francia, Italia, Noruega, y Dinamarca– las consecuencias han variado de simplemente negativas a desastrosas. En gran medida los pequeños partidos políticos de izquierda han sido rehenes de las políticas neoliberales, incluyendo el apoyo a la privatización y a la máquina de guerra norteamericana, con su invasión y ocupación de Afganistán.⁴ Estos partidos no han sido capaces de hacer una crítica coherente del sistema, y no digamos de ofrecer una alternativa creíble. Ello equivale a afirmar que hoy en día apenas hay una fuerza social o política en Europa con potencia y legitimidad, y en posición de tomar la iniciativa para organizar y coordinar la resistencia social que irrumpe regularmente en las calles europeas contra las políticas de austeridad y el rápido aumento de la desigualdad de ingresos y riqueza.

Una de las consecuencias más dramáticas y peligrosas de este desarrollo –es decir, que los partidos socialdemócratas tradicionales ejerzan diversos grados de políticas neoliberales– es que la confianza en la izquierda política se ha derrumbado, mientras el populismo y la extrema derecha van ganando terreno. Los partidos que representan estas políticas han ocupado el escenario –y los parlamentos– en la mayoría de países europeos. Todo indica que la reestructuración de la izquierda será necesaria para que el movimiento obrero sea capaz una vez más de pasar a la ofensiva y establecer un proyecto social amplio y alternativo.

Ataques masivos a los servicios públicos, los salarios y las pensiones

Muchos esperaban que la crisis económica, con sus devastadoras consecuencias, significara el adiós definitivo al neoliberalismo, la economía de la especulación, y la hegemonía de las fuerzas del libre mercado. Esas políticas habían producido una espectacular redistribución de la riqueza social, que pasó de los trabajadores al capital, de lo público a lo privado y de los pobres a los ricos. El sistema estaba desacreditado y sin duda los políticos se dieron cuenta entonces de que la desreglamentación sistemática, la privatización y el capitalismo desenfrenado habían fallado

estrepitosamente. Era preciso detener esa economía de casino. En Islandia, miles de puestos de trabajo y la economía nacional en su totalidad fueron convertidos en un casino de juego, en el que un pequeño grupo de especuladores se enriqueció de manera desmedida a costa de los habitantes del país. Era algo intolerable; había llegado el momento del control y la reglamentación.

Pero no fue eso lo que sucedió. Los neoliberales y los especuladores, a pesar de su enorme contribución a la crisis, siguieron llevando las riendas, incluso cuando se dictaron medidas de emergencia y se ajustaron las cuentas. Está claro que lo que sucedió hasta la crisis, así como lo que ha sucedido desde entonces, refleja las relaciones de poder en la sociedad. No es la razón sino las relaciones de poder imperantes lo que determina qué “solución” se elige. Si se hubiera impuesto la razón –si los intereses de la mayoría de las personas hubieran sido lo más importante– se habría puesto freno a la destructiva economía de la especulación. Esto podría haberse logrado mediante regulación, aplicando un mayor control democrático a los bancos y otras instituciones financieras, y prohibiendo la venta al descubierto, los fondos de cobertura y operar con una variedad de instrumentos financieros denominados de alto riesgo. Ello habría limitado el poder de los bancos, restringido la libre circulación del capital, y reformado un sistema fiscal que ahora desgrava a los ricos y fomenta la especulación sin trabas.

La desregulación de los mercados, el aumento de las desigualdades en la sociedad y la especulación masiva fueron factores clave que contribuyeron a crear el cataclismo financiero de 2008. Como respuesta, una serie de gobiernos contrajeron deuda pública para salvar a sus bancos, instituciones financieras y especuladores. Las consecuencias fueron desastrosas y en muchos países fueron tantas las personas afectadas que los neoliberales y especuladores temieron que se produjeran disturbios sociales. El tiempo demostró, sin embargo, que no había razón alguna para el miedo; la revuelta popular contra la economía de la especulación no llegó a materializarse. Los sindicatos de algunos países de la UE se movilaron, pero nunca se produjo una ofensiva conjunta europea. Por lo tanto, los neoliberales pudieron seguir con su proyecto de cambiar Europa de acuerdo con sus propios intereses económicos y políticos.

Lo primero que hicieron los partidarios y beneficiarios del neoliberalismo fue declinar toda responsabilidad. Aunque su desenfrenada especulación y la formidable redistribución de riqueza realizada de abajo arriba habían contribuido a disparar la crisis, ahora decían que el problema era que la gente había “vivido por encima de sus posibilidades”. Se difundieron y se siguen difundiendo los mitos de que las pensiones y los servicios sociales son carísimos y los auténticos causantes de la crisis. En particular, la élite social y los medios dominantes en Grecia fabricaron la imagen de los trabajadores concediéndose a sí mismos privilegios sin ninguna base económica real. Esto está siendo utilizado como propaganda para legitimar un ataque generalizado al estado de bienestar, mientras el capitalismo financiero sigue estando protegido.

El Instituto Sindical Europeo (ETUI) presentó rápidamente pruebas de que esas afirmaciones no eran más que mitos con escasa base real. Por ejemplo, la productividad laboral se duplicó tanto en Grecia como en Alemania de 1999 a 2009. Según las estadísticas de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), los griegos trabajan muchas más horas al año (2.152) que los noruegos (1.422) o los alemanes (1430). Aunque unos pocos sectores laborales tienen una edad de jubilación temprana, las pensiones por jubilación anticipada son tan bajas que casi nadie las solicita. Por ejemplo, solo treinta o cuarenta de los 20.000 conductores de autobuses de Atenas han hecho uso de la opción teórica de prejubilarse a los cincuenta y tres años. La edad real de jubilación en Grecia es de 60.9 años para las mujeres y de 62.4 para los hombres, más altas que en Alemania, donde los políticos de la derecha difundieron esos mitos. Esas falsedades siguen dominando en los principales medios de comunicación y en la vida política europea, algo que nos dice mucho sobre las relaciones de poder existentes, la servidumbre de los medios para con la élite y la crisis política e ideológica de la izquierda.

Mientras los rescates salvaban a los especuladores, los gobiernos no aprovecharon la oportunidad para aumentar el control democrático de las instituciones financieras. Evidentemente ello hubiera sido un proyecto difícil dado el enorme poder que las fuerzas capitalistas han logrado en nuestras sociedades a través de la desregulación y la acumulación de riqueza en las últimas décadas. El comunicado final de la reunión del G20 en Toronto (Canadá) en junio de 2010 nos dio un excelente ejemplo de esto.

Contenía poco más que las muy conocidas propuestas neoliberales para eliminar todavía más barreras a favor de la libre circulación de capital, mercancías, servicios y mano de obra. No quedaba ni rastro de todas las propuestas que habían circulado sobre la necesidad de regular los mercados financieros y recaudar más fondos de los bancos e instituciones financieras. Una vez más las pérdidas eran socializadas mientras se privatiza los beneficios.

Los gobiernos, la Comisión Europea, el Banco Central Europeo (BCE), y el Fondo Monetario Internacional (FMI) –estos tres últimos conocidos (im)popularmente como la Troika– no han reinstaurado políticas keynesianas ni vuelto a regular la economía. En cambio, han utilizado la crisis como excusa para transformar la sociedad de modo que satisfaga las necesidades del capital financiero. Por lo tanto, la Troika receta ahora la misma política en Grecia, Irlanda, Portugal e Italia que el FMI impuso previamente a países en vías de desarrollo y de Europa del Este a través de los llamados programas de ajuste estructural, a saber, privatizaciones masivas. En Grecia, por ejemplo, los ferrocarriles, el suministro de agua de Atenas y Tesalónica, servicios públicos, puertos, aeropuertos y lo que queda de la propiedad pública de la compañía de telecomunicaciones nacional han sido privatizados. Cortes, privatizaciones y ataques generalizados a los servicios públicos están a la orden del día en un país tras otro. Esta es la receta para la depresión económica y la crisis social.

En varios países de la UE –los Estados bálticos, Bulgaria, Grecia, Irlanda, Portugal, Rumanía, España y Hungría– los salarios, las condiciones laborales y las pensiones han empeorado considerablemente. Las pensiones han sido reducidas en un 15-20 por ciento en muchos países, mientras que los salarios del sector público han bajado un 5 por ciento en España y un 40 por ciento en el Báltico. En Grecia, el número de funcionarios ha sido reducido en más del 20 por ciento. Y todavía se exige más: en España solo se cubre uno de cada diez puestos vacantes en el sector público, uno de cada cinco en Italia y uno de cada dos en Francia. En Alemania han sido suprimidos 10.000 puestos del sector público y el Reino Unido ha decidido reducir hasta medio millón de puestos de trabajo, lo que implicará aproximadamente el mismo número de puestos de trabajo en el sector privado.

El Impuesto sobre el valor añadido (IVA) ha subido espectacularmente en varios países; las prestaciones sociales han sido reducidas drásticamente, en especial para los parados y los discapacitados; ha habido recorte de presupuestos; las leyes laborales se han debilitado (especialmente la protección del empleo); se ha reducido los salarios mínimos; los programas de bienestar generales han sido convertidos en programas con verificación de ingresos (como en el caso de la prestación por maternidad británica). Mientras tanto, el impuesto sobre el capital se ha mantenido constante o incluso se ha reducido. Los convenios colectivos y derechos laborales han sido desestimados, no a través de negociaciones con los sindicatos, sino por decreto gubernamental y/o decisiones políticas. El aumento de la competitividad de las empresas europeas es presentado como el principal objetivo, al que se subordinan todas las cuestiones sociales. Esto representa una situación nueva y dramática en Europa. La política de austeridad generalizada y los ataques a los sindicatos constituyen, social y políticamente, una mezcla letal y las experiencias históricas en Europa hacen que sean especialmente aterradores. Si los sindicatos no son capaces de invertir estos desarrollos, nos enfrentamos a una derrota de dimensiones históricas para el movimiento obrero europeo, con enormes consecuencias para el desarrollo de nuestras sociedades.

Michael Hudson, ex economista de Wall Street y actualmente profesor de la universidad de Missouri, observa que está teniendo lugar un ataque masivo contra los trabajadores:

“La CE [Comunidad Europea] está utilizando la crisis bancaria de las hipotecas –y la innecesaria prohibición de que los bancos centrales cubran los déficits presupuestarios públicos– como una oportunidad para penalizar a los gobiernos e incluso conducirlos a la bancarrota si no aceptan reducir los salarios... *“Únete a la lucha contra los trabajadores o te destruiremos”*, está diciendo la CE a los gobiernos. Ello requiere ejercer una dictadura, y el Banco Central Europeo ha asumido este poder otorgado por los gobiernos electos. Su *“independencia”* del control político es celebrada como el *“sello de la democracia”* por la nueva oligarquía financiera... Europa está avanzando hacia una era de gobierno neoliberal totalitario”.⁵

El papel de la Unión Europea ha sido crucial en lo que está sucediendo ahora en Europa. Las instituciones de la UE han sido creadas y conformadas durante la era neoliberal por lo que presentan un déficit democrático. Están dominadas por los intereses del capital en un grado extraordinariamente elevado. Se ha utilizado la crisis para entablar una batalla masiva desde las alturas de las instituciones de gobierno de la Unión Europea cuyo objetivo es transformar Europa según los dictados del capital.

Cada vez se está transfiriendo más poder político a las instituciones no electas de Bruselas. El único organismo elegido de la Unión Europea, el Parlamento Europeo, ha sido marginado durante gran parte del proceso. Por lo tanto, la Unión Europea avanza actualmente hacia una mayor desdemocratización, a una velocidad y de una manera que presentan posibilidades aterradoras.

Actualmente, este desarrollo se está produciendo a través de una serie de innovaciones políticas:

1. El *semestre europeo* que significa que los gobiernos nacionales tendrán que presentar cada año sus propuestas de presupuestos estatales y cambios estructurales para la “aprobación” de Bruselas.
2. El *Pacto Euro Plus*, un pacto de desregulación y austeridad que incluye a todos los países del euro y otras naciones de la UE que han decidido incorporarse (Reino Unido, República Checa, Hungría y Suecia han permanecido fuera del euro). Los ataques a los horarios laborales, salarios y pensiones son parte del pacto.
3. *Nueva gobernanza económica*, que incluye seis nuevas leyes, también denominadas el “pack de seis”. Este paquete pretende aportar la base jurídica para la puesta en práctica de espectaculares políticas de austeridad, incluyendo normas de aplicación.
4. El *Pacto Fiscal* que, según la primera ministra alemana Angela Merkel, deberá ser irreversible, y que centralizará y desdemocratizará aún más el poder económico de la Unión Europea, mediante (entre otras cosas) la introducción de sanciones financieras y de otro tipo a los miembros que no cumplan las exigencias. Se trata

de un acuerdo intergubernamental y, por lo tanto, no forma parte oficial del marco institucional de la UE.

Varios de estos pactos y acuerdos se superponen, pero con un grado creciente de centralización e instrumentos políticos autoritarios dictados desde arriba, incluyendo la transferencia de poder de los Estados nación a Bruselas y del Parlamento Europeo a la Comisión. Al mismo tiempo, asistimos a una división cada vez más clara entre algunos países principales, centrados en torno a Alemania y Francia, y una periferia de Estados más débiles, particularmente en el este y sur de Europa.

Los países más afectados por la crisis, como Grecia, Irlanda y Portugal, han sido puestos más o menos bajo la administración de organismos aún más alejados de la legitimidad democrática: el Banco Central Europeo, el Fondo Monetario Internacional y la Comisión Europea. La asociación patronal europea, la Union of Industrial and Employers' Confederations of Europe (UNICE), y la Mesa Redonda Europea de Industriales (ERT) están encantados con el nuevo modelo de gobernanza económica para la Unión Europea.

La desdemocratización en curso de la política económica, así como los ataques al movimiento sindical emprendidos para preparar el terreno a las políticas anti-sociales de austeridad, representan desarrollos que apenas habíamos visto desde que el fascismo fue derrotado en Europa. Cuatro sentencias previas (ver más abajo) del Tribunal Europeo de Justicia han contribuido a la restricción de los derechos de los sindicatos en la Unión Europea, incluyendo el derecho legal a tomar medidas en la industria. Si a ello le añadimos que las autoridades políticas en al menos diez Estados miembro de la UE ya han aplicado recortes en el sector público sin tener en cuenta los convenios colectivos y sin negociar con los sindicatos, la gravedad de la situación resulta evidente. Lo que está surgiendo es una Europa cada vez más autoritaria.

La Unión Europea como obstáculo

¿Se puede detener este desarrollo? ¿Es posible salvar el Modelo Social Europeo de los ataques masivos que se están produciendo contra el bienestar y los derechos de los trabajadores? ¿Es posible movilizar las fuer-

zas sociales en toda Europa para frenar los ataques masivos de las fuerzas capitalistas y sus servidores políticos, invertir las relaciones de poder y crear por último la base para una ofensiva social?

Para decir algo concreto al respecto, tendremos que analizar más atentamente los desafíos y obstáculos a los que se enfrentan los sindicatos en la lucha social. ¿Qué es lo que les impide avanzar hacia la lucha de una manera fuerte y coordinada para al menos defender los logros sociales que se obtuvieron en el estado de bienestar? Para ello necesitamos examinar algunos obstáculos externos importantes así como las flaquezas del propio movimiento.

Cada vez resulta más evidente que la propia Unión Europea crea una serie de impedimentos, no sólo para el desarrollo económico y social en Europa, sino también para la lucha social. Examinaremos seis de esos impedimentos:

Déficit democrático

El primer obstáculo es el déficit democrático, que ha estado ahí desde el principio pero que ha ido aumentando en los últimos años. Oficialmente, el mensaje de la Unión Europea y los gobiernos de sus Estados miembros, con el apoyo de la Confederación de Sindicatos Europeos (CES) y otros sectores del movimiento sindical europeo, es lo contrario. Afirman que el Tratado de Lisboa de 2007 supuso un paso importante para aumentar la democracia ya que el Parlamento Europeo elegido había visto ampliada su autoridad en una serie de áreas.

Sin embargo, contradiciendo lo anterior, algunos Estados miembros fueron puestos más o menos bajo la administración del Banco Central Europeo y la Comisión Europea, con el apoyo del FMI, a raíz de producirse la crisis económica. Además, el Parlamento ha sido marginado en gran parte del proceso para desarrollar los nuevos pactos e instituciones que se han descrito más arriba. Por último, la nueva autoridad concedida a la Comisión de poder imponer sanciones económicas a los Estados miembros que no cumplan los estrictos (y política y financieramente perjudiciales) criterios de estabilidad transferirá poder de los parlamentos democráticamente elegidos a nivel nacional a la Comisión no elegida y de ese modo se desdemocratizará aún más el proceso de toma de decisiones en Europa.

Neoliberalismo constitucionalizado

En segundo lugar, el neoliberalismo ha sido constitucionalizado como el sistema económico de la Unión Europea mediante el Tratado de Lisboa y tratados anteriores. La libertad de circulación del capital y el derecho de establecimiento están grabados a fuego y cualquier otra consideración está subordinada a este principio, que claramente hemos visto en el mercado laboral (ver más adelante). La libre competencia es otro principio básico de los tratados de la Unión Europea. En los últimos años también se ha ido aplicando cada vez más al mercado de servicios, que se diferencia del mercado de materias primas en que comerciar con servicios tiene que ver principalmente con comprar y vender mano de obra de libre circulación.

Hace tiempo que se viene diciendo en la izquierda política europea que el socialismo está prohibido por los tratados de la UE. Con los criterios de estabilidad y el nuevo régimen de sanciones para obligar a que el déficit presupuestario estructural de los Estados miembros se sitúe por debajo del 0,5 por ciento y la deuda pública por debajo del 60 por ciento del PIB, podemos concluir que el keynesianismo tradicional, o lo que podemos llamar la política económica socialdemócrata tradicional del periodo de posguerra, está vetada. Ello representa una dramática restricción de la democracia en los Estados miembros de la UE y constituye un importante paso hacia una Unión Europea neoliberal y más autoritaria.

Legislación irreversible

Tercero, el proceso de toma de decisiones de la Unión Europea hace que los principios y decisiones mencionados sean prácticamente irreversibles. Aunque todos los Estados miembros tienen alguna protección institucionalizada para sus propias constituciones –por ejemplo, exigiendo una mayoría cualificada (o bien dos tercios o tres cuartos) para cambiar la constitución– en la Unión Europea tiene que haber un acuerdo íntegro (es decir, 100 por cien de los veintiocho Estados miembros) para cambiarla. Ello significa que la posibilidad de cambiar cualquiera de los tratados de la UE en una dirección progresista mediante los procesos políticos ordinarios es prácticamente inexistente. En un Estado miembro un gobierno de derechas puede impedirlo.

El Euro como camisa de fuerza económica

Cuarto, la existencia del euro, actualmente en diecisiete de los veintiocho Estados miembros, constituye una camisa de fuerza económica para muchos de esos países. Mientras la economía y la productividad se desarrollen de forma diferente en los Estados miembros de la Zona Euro, y no haya un gran presupuesto común para reducir las desigualdades económicas, los países necesitarán políticas monetarias muy diferentes. Hoy es Alemania, la “locomotora económica” europea, la que más se beneficia de la situación, con su estrategia de exportar para salir de la crisis; mientras tanto, los países más afectados por la crisis y la deuda –como Grecia, Irlanda, Italia, Portugal, España y Chipre– son los perdedores. Estos últimos no tienen una moneda nacional que poder devaluar para abaratar sus exportaciones y encarecer sus importaciones. Aquellos países con un mayor consumo nacional y menor competitividad están obligados a realizar la llamada devaluación interna, es decir, aumentar la competitividad a través de la reducción de salarios y recortes en el gasto público. Sin duda esto se corresponde con el proyecto neoliberal de la UE, pero está devastando el desarrollo económico y social de los países. Esta camisa de fuerza económica puede contribuir también al desarrollo de contradicciones entre los trabajadores en países que necesitan políticas muy diferentes.

Falta de simultaneidad en los procesos de toma de decisiones e implementación

Quinto, la falta de simultaneidad en el proceso de toma de decisiones de los Estados miembros constituye un obstáculo para el desarrollo de movilizaciones de sindicatos y movimientos sociales en los diferentes países contra muchas de las políticas neoliberales y reaccionarias. Aunque gran parte de la política de la Unión Europea viene dictada por las instituciones de la UE, se lleva a cabo de tal manera que su aplicación se realiza en momentos diferentes en los distintos Estados miembros. Los ataques y el debilitamiento de los sistemas de pensiones, por ejemplo, se han producido a lo largo del tiempo y en diferentes formas según los países, basándose en recomendaciones de la Unión Europea, pero no a través de legislación directa. Ello hace imposible crear una movilización unificada contra dichos ataques.

Lo mismo se puede aplicar a gran parte de la política de privatización de la Unión Europea. Ésta apenas toma decisiones sobre privatización directa; decide liberalizar o aplicar sus reglas de competencia a cada vez más áreas de la sociedad. Uno de los efectos es la privatización, como hemos visto en energía, transporte y telecomunicaciones. Además, la puesta en práctica de estas políticas tiene lugar en momentos y de formas diferentes en los distintos estados, dificultando la movilización de la resistencia coordinada en Europa.

El mismo proceso de legislación especial suscita otros problemas. Las directivas no se aplican en los Estados miembros directamente; en cambio, el contenido de las directivas debe ser transpuesto a las leyes de cada Estado miembro. Por si no bastara con esto, la legislación de la UE está redactada en un lenguaje burocrático casi impenetrable. Este hecho suele ser utilizado por los gobiernos nacionales y los políticos, que minimizan los efectos de diversas propuestas legales y que más tarde resultan tener amplias consecuencias negativas.

Ampliación de competencias del Tribunal de Justicia Europeo

Sexto, el Tribunal de Justicia Europeo ha asumido recientemente nuevas competencias que le permiten reinterpretar y ampliar el alcance de algunos de los tratados y la legislación de la UE, particularmente en el comercio de servicios, es decir, el comercio de la mano de obra móvil. En este contexto, es importante entender la aplicación de las cuatro sentencias que se dictaron entre diciembre de 2007 y el verano de 2008 –los casos Viking, Laval, Rüffert, y Luxemburgo– todos los cuales contribuyeron a limitar los derechos de los sindicatos, incluyendo el derecho a la huelga.

Antes de estas sentencias, la opinión dominante era que las leyes y reglamentos laborales quedaban fuera del ámbito de la UE. Perteneían a la jurisdicción de los Estados miembros. Mediante estas sentencias ha quedado claramente establecido justo lo contrario: los reglamentos del mercado laboral están subordinados a la ley de competencia de la UE y a la libre circulación de capitales y derecho de establecimiento. Las sentencias también han tenido el efecto de transformar la llamada Directiva sobre el Desplazamiento de Trabajadores de una directiva de mínimos en una directiva de máximos respecto a los salarios y las condiciones de trabajo

que se aplicarán a los trabajadores en empresas constituidas en un Estado miembro mientras trabajan en otro.

Esta directiva prescribe que se deben aplicar los salarios y las condiciones laborales del país anfitrión. Sin embargo, según las sentencias antes mencionadas, esto se ha cambiado ahora para incluir solamente algunas de las condiciones mínimas relativas a salarios y condiciones laborales, contribuyendo por lo tanto al dumping social en Europa occidental, socavando tanto los niveles salariales como las leyes de protección laboral que se habían conseguido a lo largo de muchas décadas de lucha sindical. Esto se ha producido sobre todo en la industria de la construcción así como en los sectores de servicios como hoteles, restaurantes, y transporte.

La enorme brecha salarial existente entre países en el ahora mercado laboral único europeo es lo que realmente estimula este desarrollo, protegido en una medida considerable por la legislación de la UE. El acuerdo 94 de la Organización Internacional del Trabajo, que pretende garantizar los salarios y las condiciones laborales en casos similares, fue sencillamente ignorado por el Tribunal Europeo de Justicia. Si a ello le añadimos el alto nivel de desempleo y la explotación extrema a la que muchos trabajadores de Europa del Este están expuestos en Europa occidental, tanto legal como ilegalmente, podremos entender fácilmente cómo se está debilitando a los sindicatos y cómo la regresión social se ha puesto a la orden del día cada vez en más países europeos.

La Unión Europea está amenazando la unidad de Europa

En conjunto, podemos apreciar una situación extremadamente grave y dramática en Europa. Mientras la creación de los predecesores de la Unión Europea –La Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) y la Comunidad Económica Europea (CEE)– estaba en parte basada en el deseo de paz en Europa a raíz de las dos Guerras mundiales, el proyecto de la UE de las élites europeas actuales está provocando una formidable polarización económica, social y política. El llamado Modelo Social Europeo se está viniendo abajo. Nos enfrentamos por lo tanto a la paradójica situación de que el “proyecto de paz de la UE” es en este momento la

mayor amenaza para la unidad de Europa, no solo a nivel nacional, sino también social. Sin embargo, no podemos ignorar la posibilidad de que, en ciertas situaciones, el resultado sea el de aumentar los antagonismos nacionales. Teniendo en cuenta la historia de Europa, las élites políticas y económicas europeas están jugando con fuego.

Con todos los obstáculos resumidos más arriba, sigue siendo una cuestión pendiente si es realista o no creer que se pueda cambiar la Unión Europea desde dentro a través de una amplia movilización paneuropea. Quizá sea necesario que los países tengan que salirse no sólo del euro sino también de la propia Unión Europea para salvar sus economías y el bienestar de sus ciudadanos. En ese caso, será fundamental una movilización masiva de los sindicatos y las fuerzas populares por una Europa basada en la democracia, la unidad, la solidaridad y la cohesión para contrarrestar la posibilidad de una total desintegración europea.

Barreras internas político-ideológicas

Aunque la Unión Europea presenta importantes barreras externas a la lucha social, también hay barreras internas que impiden a los sindicatos cumplir con sus tareas históricas. Ello no sólo se produce a nivel político-ideológico, sino que también afecta a las tradiciones y estructuras organizativas que han dejado de ser eficaces a la hora de acometer los nuevos desafíos de la ofensiva neoliberal mundial: la reestructuración internacional de la producción, el aumento del trabajo precario y la emigración, y la desreglamentación de los mercados laborales.

A nivel político-ideológico, la situación se ve fuertemente afectada por la crisis de la izquierda, incluyendo el hecho de que el pacto social y el diálogo social se han ido transformando en gran medida en una ideología general en sectores dominantes del movimiento obrero tanto a nivel nacional como europeo. Ello significa que se ha asignado al diálogo social una posición prominente como la forma de favorecer los intereses de los trabajadores, completamente desconectada de un análisis de las relaciones de poder específicas y de cómo pueden promover o eliminar las posibilidades de que los trabajadores ganen terreno. Por lo tanto, la ideología del pacto social se encuentra también en gran medida desvinculada del reco-

nocimiento de que en la situación actual el avance social solo puede alcanzarse mediante una amplia movilización social.

La crítica del diálogo social y de la ideología del pacto social, no constituye, desde luego, una crítica de que los sindicatos debatan y negocien con los patronos. Son cosas que siempre se han hecho y deben seguir haciéndose. La crítica va dirigida al hecho de que el diálogo social, una de las muchas herramientas de que dispone el movimiento obrero, ha sido convertido en la estrategia principal. En efecto, los trabajadores han tomado experiencias históricas muy concretas y se han comportado como si éstas se pudieran aplicar en todo momento a modo de orientación ideológica. Cuando el diálogo social produjo resultados en muchos países –especialmente en las primeras décadas después de la Segunda Guerra Mundial– se debió precisamente al cambio de poder que se había producido a favor de la clase trabajadora y el movimiento sindical en el periodo anterior.

El compromiso de clase y el diálogo social fueron, en otras palabras, los resultados de la movilización, duras confrontaciones y cambios considerables en el equilibrio de poder. Sin embargo, en la actual versión ideológica los líderes obreros los presentan como las causas del aumento de la influencia de los trabajadores y los sindicatos. Este desajuste analítico crea confusión ideológica en el movimiento sindical, como, por ejemplo, en esta declaración de la Confederación Europea de Sindicatos (CES): “La UE está construida sobre el principio del pacto social; un compromiso entre diferentes intereses en la sociedad, *en beneficio de todos*”.⁶

Frente a los ataques masivos que patronos y gobiernos están acometiendo contra sindicatos y derechos sociales, esas reivindicaciones ideológicas están siendo sometidas cada vez a más presión. No hay duda de que las fuerzas capitalistas han abandonado el compromiso histórico con la clase trabajadora, ya que en este momento están atacando acuerdos e instituciones que habían previamente aceptado en nombre de dicho compromiso. No obstante, la ideología del pacto social sigue estando fuertemente enraizada en amplios círculos del movimiento sindical europeo, como lo demuestran las siguientes observaciones del Secretario General de la CES (ahora retirado), John Monks, refiriéndose a algunas tendencias del movimiento obrero de EE UU, donde los activistas estaban haciendo una campaña para mejorar ciertos objetivos sociales:

“En Europa puede haber oportunidades similares –dice el señor Monks– si los sindicatos son capaces de superar su entusiasmo por las anticuadas protestas callejeras y pasan a hacer campaña por cambios en las políticas que beneficien ampliamente a los trabajadores. Teniendo en cuenta la dureza del mercado laboral, y los patronos desesperados, los tiempos no están para grandes militancias. Son tiempos para reclamar estructuras de prestaciones sociales, formación, diálogo y de instalar sistemas de retribución más justos, para que cuando se recupere la economía no se vuelva a repetir la oleada de desigualdad que se produjo la pasada década”.⁷

Sorprendentemente, los comentarios de Monks fueron hechos mucho después de que la crisis económica hubiera provocado un intenso nivel de conflicto en varios países europeos. En la entrevista no queda nada claro cómo pensaba Monks lograr mejores prestaciones sociales y un sistema de retribuciones más justo sin tener que recurrir a las anticuadas protestas callejeras, la militancia... ¿Quizás pensaba que se podría obtener todo eso haciendo más concesiones a los patronos? En cualquier caso, la CES llegó al punto –exagerado incluso para ellos– de firmar una declaración conjunta extraordinariamente endeble con las diversas organizaciones de patronos de Europa con relación a la preparación de la estrategia UE 2020. Ello ocurrió en el verano de 2010, después de que los sindicatos griegos hubieran llevado a cabo varias huelgas generales, mientras los sindicatos españoles preparaban su huelga general y mientras los preparativos de los sindicatos franceses para luchar contra la reforma de pensiones estaban en pleno apogeo. La declaración hacía un llamamiento a:

“Un equilibrio óptimo entre flexibilidad y seguridad... Las políticas de flexiguridad deben estar acompañadas de sólidas políticas macroeconómicas, un entorno empresarial favorable, recursos económicos adecuados y la provisión de buenas condiciones de trabajo. En particular, las políticas salariales, establecidas autónomamente por los agentes sociales, deberán garantizar que los desarrollos salariales reales se correspondan con las tendencias de productividad, al tiempo que se contendrán los costos laborales no salariales cuando sea pertinente para apoyar la demanda laboral... [Con respecto a los servicios públicos] hay que mejorar la accesibilidad, calidad, eficiencia y eficacia, incluyendo el beneficiarse más de los partenariados público-privados bien equilibrados y modernizando los sistemas de la administración pública.”⁸

Reclamar que se contengan los costes laborales no salariales y legitimar la privatización mediante partenariados público-privados de este modo

–en una situación caracterizada por la crisis, el aumento de los enfrentamientos de clase y los ataques masivos a los servicios públicos– confirma que atenerse al diálogo social como principal estrategia en la actual situación sólo puede tener efectos desmoralizantes sobre aquellos que quieren luchar contra la regresión social.

Otro obstáculo interno de muchos sindicatos es su adhesión a los partidos socialdemócratas tradicionales. La deriva hacia la derecha de esos partidos, así como la ya descrita crisis ideológica y política generalizada de la izquierda, también afectan a los sindicatos. Sin embargo, han reaccionado de manera diferente a estos desarrollos. En muchos países (como Noruega, Suecia, Reino Unido), la lealtad entre las conferencias sindicales nacionales y los partidos socialdemócratas sigue siendo sólida, mientras que en otros se ha debilitado.

Como ejemplo único en los países nórdicos, la Confederación de Sindicatos Daneses se ha declarado oficialmente independiente del partido socialdemócrata, pero sin adoptar posturas más radicales. En Reino Unido, algunos sindicatos, como el British National Union of Rail, Maritime and Transport Workers, han roto con el laborismo y se han posicionado en una postura claramente más izquierdista y militante. En Alemania, el gobierno de Schröder –llamado rojo-verde, de 1998-2005– llevó a cabo ataques de envergadura contra el sistema de bienestar, lo cual produjo una profunda quiebra de la confianza entre la Confederación de Sindicatos (Deutscher Gewerkschaftsbund, la DGB) y el Partido Socialdemócrata (SPD). Aunque el partido estaba en la oposición trató de acercarse de nuevo al movimiento sindical, lo cual no suele ser una estrategia inusual, pero tuvo una acogida más bien fría por parte del líder del DGB, Michael Sommer: “El problema del SPD es que lamentablemente sufre de falta de credibilidad. Estuvieron en el poder hasta septiembre del pasado año y se vieron implicados en muchas de las decisiones que consideramos equivocadas. Todavía les falta mucho para recuperar la confianza”.⁹

Sin embargo, las experiencias más extremas con los partidos socialdemócratas en el gobierno, han tenido lugar en Grecia, España y Portugal. Teniendo en cuenta la facilidad con la que esos partidos podían llevar a cabo sus ataques masivos contra el estado de bienestar y el movimiento sindical, puede que haya llegado la hora de que sectores más amplios del

movimiento obrero reconsideren los fuertes lazos que les unen con la socialdemocracia. Como mínimo, es difícil imaginar que la estrecha relación entre el movimiento sindical y la socialdemocracia pueda ser la misma en Europa tras estas experiencias, a pesar de haber superado muchos graves conflictos en el pasado.

Aumento de la resistencia

La desreglamentación generalizada, la libre circulación de capital y el papel crucial desempeñado por instituciones mundiales y regionales en la ofensiva neoliberal requieren una perspectiva global y la coordinación de la resistencia interfronteriza. Sólo de esta manera podemos impedir el enfrentamiento de los trabajadores en diferentes países, de grupos contra grupos, y de niveles de bienestar contra niveles de bienestar. La coordinación de la resistencia entre diferentes países, sin embargo, requiere movimientos fuertes y activos a nivel local y nacional. No existe la lucha global abstracta contra la crisis y el neoliberalismo. Las luchas sociales solo se internacionalizan cuando los movimientos locales y nacionales se dan cuenta de la necesidad de coordinación interfronteriza para reforzar la lucha contra fuerzas opuestas internacionales y bien coordinadas. En otras palabras, como primer paso es decisivo organizar la resistencia y crear las alianzas necesarias localmente.

La lucha social en Europa está entrando en una nueva fase. La crisis agudiza las contradicciones y provoca enfrentamientos. Las huelgas generales han vuelto a hacer su aparición en muchos países, especialmente en Grecia, donde la población ha sido objeto de ataques draconianos que amenazan sus condiciones básicas de vida. En Portugal, Italia, España, Francia, Irlanda, Bélgica, Rumanía, Bulgaria, Eslovenia, y Reino Unido, han tenido lugar huelgas generales y/o manifestaciones masivas. El desarrollo más prometedor hasta la fecha ha sido la huelga general que fue convocada simultáneamente por los sindicatos en seis países de la UE (Portugal, España, Italia, Grecia, Chipre y Malta) el 14 de noviembre de 2011, mientras los sindicatos de otros países también celebraron manifestaciones o huelgas más limitadas.

Hasta la fecha los resultados de estas batallas son bastante vagos, aunque es en estas luchas donde encontramos la esperanza de que se produzca otro desarrollo: alianzas con otros movimientos sociales nuevos

y no convencionales, especialmente entre los jóvenes, como hemos podido ver en el de los Indignados en España y en Portugal. Una cosa al menos resulta clara: el modelo social europeo, como lo conocemos desde su apogeo, ha sido abandonado por las élites europeas, aunque todavía algunas de ellas apoyen de boquilla al movimiento sindical

Aunque existan muchos obstáculos para la europeización de la lucha social, ha habido muchos ejemplos de campañas paneuropeas organizadas por los sindicatos y los movimientos sociales entre fronteras nacionales. Un ejemplo fue la lucha contra la Directiva de los Puertos de la UE, que fue rechazada por mayoría de votos en el Parlamento Europeo en 2003 y 2006, tras las presiones recibidas desde abajo en forma de huelgas y manifestaciones. Otra fue la lucha contra la Directiva sobre Servicios, que aunque no fue rechazada, tuvo que ser modificada. La lucha contra la Constitución de la UE (más tarde el Tratado de Lisboa) también encontró cierta resistencia en Europa, aunque la movilización estuvo ampliamente basada allí donde finalmente prevaleció, primero en Francia y Holanda y más tarde en Irlanda.

Los dramáticos ataques a los sindicatos y al bienestar que se están produciendo contribuyen en realidad a reforzar la voz de una serie de líderes sindicales europeos. El Subsecretario General de la Federación Sindical Europea de Servicios Públicos, Willem Goudriaa, afirma que el Pacto Euro Plus representa “una interferencia en la negociación colectiva como nunca se había visto en la UE”. Hasta el prudente Secretario General de la CES, John Monks, que en 2009 dijo que “ahora todos se han vuelto socialdemócratas o socialistas” cambió de parecer poco antes de jubilarse en 2011 y caracterizó el Pacto Euro Plus de este modo: “La UE está a punto de entrar en colisión con la Europa Social... Este no es un pacto para la competitividad. Es un pacto perverso para reducir el nivel de vida, introducir más desigualdad y más trabajo precario.”¹⁰

El hecho de que en 2011 la CES –que siempre ha sido muy partidaria de la Unión Europea– por primera vez en la historia de la Unión Europea presionara al Parlamento Europeo para que rechazara un cambio propuesto en un tratado, es otra muestra de que se está produciendo un cambio. Ello podría contribuir a que los trabajadores europeos se cuestionen la legitimidad de la Unión Europea. La enmienda del tratado estaba relacionada con el establecimiento del fondo de emergencia de la Unión

Europa (Mecanismo de Estabilidad Europeo), cuya tarea es prestar dinero a los países miembros en crisis. No existía dicho mecanismo cuando se produjo la crisis griega, y en cambio la Unión Europea lo improvisó. La CES rechazó la propuesta porque este pacto no contenía nada relativo a lo que podríamos llamar la Europa Social, que se está convirtiendo en una meta cada vez más lejana.

Con las continuas políticas de austeridad draconiana y las crisis económica, social y política más profundas, existe la posibilidad de que aumenten las contradicciones dentro de la socialdemocracia, así como dentro del movimiento sindical en Europa. Quizá tuvimos ya un barrunto de ello durante el Congreso de la CES en Atenas en mayo de 2011, cuando las secciones más militantes del movimiento sindical se manifestaron frente al edificio del Congreso, acusando a la CES de traicionar la lucha y pidiéndoles que se fueran a casa.

A nivel político-retórico, se está produciendo una radicalización de los mensajes de los sindicatos europeos como respuesta a la crisis económica, respaldados por algunas manifestaciones simbólicas, organizadas por la CES en Bruselas el 29 de septiembre de 2010, en Budapest el 9 de abril de 2011, y en Wroclaw el 19 de septiembre de 2011. Queda mucho por hacer, sin embargo, para que se produzca una movilización social amplia y más comprometida, en la que los sindicatos hagan uso de sus métodos más efectivos de lucha para conseguir sus reivindicaciones.

Esta falta de acción sindical, no es, desde luego, responsabilidad única de las personas que lideran las organizaciones sindicales internacionales. La junta directiva de la CES se compone de representantes de una serie de sindicatos nacionales y las decisiones cuentan con un amplio respaldo entre ellas.¹¹ La nueva situación es resultado de un enorme cambio en el equilibrio de poder en la sociedad, la crisis y el agravamiento de las contradicciones de clase que han eliminado la base para continuar con la política del pacto social del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Los capitalistas han cambiado de estrategia, pero el movimiento sindical no lo ha hecho. Reconocerlo y asumir las consecuencias es uno de los principales retos a los que se enfrenta actualmente el movimiento sindical.

¿Qué hacer?

El giro político a la derecha y la crisis ideológico-política de la izquierda hacen que el propio movimiento sindical tenga que desempeñar un papel político más importante, independiente y de ataque –político no en el sentido de un partido, sino en el de asumir una perspectiva política más amplia en la lucha social–. La mayor parte del movimiento sindical no está preparada para asumir dicho papel hoy en día, pero tiene el potencial para hacerlo. Un desarrollo en esta dirección exige que el movimiento sindical pase por un proceso de cambio, sobre todo debido a las nuevas condiciones de lucha creadas por la reestructuración global, el neoliberalismo, y la crisis. A medio plazo la reorganización de la izquierda política también tendrá que ser introducida en el orden del día.

Si el progreso social y la democratización son nuestros objetivos, las crisis sociales y económicas que se están produciendo nos brindan la oportunidad de alcanzarlos. A medida que avanza la crisis, la necesidad de un rumbo político nuevo y radical crece de día en día. Ello exige, sin embargo, que los sindicatos sean capaces de reinventarse política y organizativamente. La tarea inmediata es hacer frente a los ataques agresivos de capitalistas y de sus servidores políticos, luchar contra los ataques masivos a los salarios, pensiones y servicios públicos. A largo plazo, sin embargo, ello no será suficiente, como acertadamente apunta el socialista escocés Murray Smith:

“En cualquier escenario se advierte una debilidad estructural del movimiento obrero, lo cual resulta ventajoso para el gobierno y la clase dirigente. La debilidad es política y radica en la falta de una alternativa política creíble y visible al neoliberalismo. Dicha alternativa política no es un requisito previo para hacer frente a los ataques a corto plazo, quizá ni siquiera para ganar batallas. Pero en cierta medida, la falta de una alternativa coherente tiene un efecto desmovilizador. Este problema viene de antes de la actual crisis, pero ésta lo ha convertido en una cuestión mucho más urgente. Lo que se necesita es que exista la perspectiva de una alternativa de gobierno encarnada por fuerzas políticas que tengan una posibilidad plausible de obtener el apoyo de la mayoría de la población, no necesariamente de forma inmediata, sino como perspectiva. Semejante programa político implicaría organizar la producción de bienes y servicios para satisfacer las necesidades de la población, democráticamente decidida. Ello significa romper con el dominio de las finanzas sobre la economía, creando un sector financiero público, rena-

cionalizando los servicios públicos y estableciendo un sistema fiscal progresista, medidas que desafían los derechos de propiedad.¹²

Vislumbrar un desarrollo alternativo de la sociedad es importante, por lo tanto, para estimular y marcar el rumbo de la lucha contra la crisis y la regresión social. No está claro, sin embargo, que la falta de alternativas sea el principal problema. Existen muchos elementos para un modelo de desarrollo alternativo. La alternativa a la privatización es no privatizar. La alternativa al aumento de la competencia es más colaboración. La alternativa a la burocracia y el control desde arriba es la democratización y la participación desde abajo. Alternativas a las crecientes desigualdades y la pobreza es la redistribución, la fiscalidad progresiva y las prestaciones sociales gratuitas y universales. La alternativa a la destructiva economía especulativa es la socialización de la banca y las instituciones crediticias, la introducción de controles del capital y la prohibición de operar con instrumentos financieros sospechosos. La lista podría ser más larga todavía.

Más que de una falta de alternativas, puede que se trate de una cuestión de habilidad y voluntad de llevar a cabo la movilización y de utilizar los recursos necesarios para llevarlas a la práctica. En este caso es importante que se produzca un cuestionamiento político del legado ideológico del pacto social -esa ideología y creencia tan profundamente enraizadas de que el diálogo social es la mejor manera de resolver los problemas sociales en beneficio de todos, como se suele decir.

La clase trabajadora, los sindicatos y las fuerzas populares se están enfrentando en este momento a una brutal lucha de poder, que ha sido iniciada desde arriba. La tendencia constante a canalizar la respuesta de los sindicatos a estos ataques en el vacío de poder político que en este momento representa el diálogo social a nivel europeo, sirve poco más que para debilitar la capacidad de movilización de los sindicatos. Desde esta perspectiva, hay muchas pruebas de que es la capacidad, más que la posibilidad, el reto más importante al que se enfrentan los sindicatos hoy en día. En otras palabras, ha llegado el momento de señalar un nuevo rumbo a la lucha de los sindicatos, tal como fue sugerido por las organizaciones sindicales vascas el 27 de enero de 2011, cuando llevaban a cabo su segunda huelga general en menos de un año:

“Hemos salido a las calles, hemos ido a la huelga dos veces y seguiremos con las movilizaciones. Porque no queremos el futuro de pobreza

que han preparado para nosotros. Nos amenazaron diciendo que después de la crisis nada volvería a ser igual. De modo que hacer que las cosas cambien está en nuestras manos. Es necesario seguir luchando por un cambio real, por un modelo social y económico diferente en el que la economía trabaje a favor de la sociedad ⁴¹³

Ya hemos visto antes que las luchas sociales producen nuevos líderes y nuevas organizaciones. Aunque los populistas de la derecha y las tendencias autoritarias predominan en la Unión Europea en este momento, las políticas anti-sociales de las élites también pueden provocar estallidos sociales, especialmente en Europa meridional. Ello puede abrir la vía a nuevos desarrollos, en los que las metas sean cambios más fundamentales en las relaciones de poder y la propiedad y una democratización más profunda de la sociedad. La batalla es entre una Europa más democrática o más autoritaria. De momento, las tendencias autoritarias llevan ventaja, pero las relaciones de poder pueden volver a cambiar.

Notas

1. John Vinocur, "On the New European Economic Road Map, There's Not Much Left of the Left," *New York Times*, 24 de noviembre de 1998, <http://nytimes.com>.
 2. Portada del "NEWSWEEK: We Are All Socialists Now," 8 de febrero de 2009, <http://prnewswire.com>. La portada apareció el 16 de febrero de 2009 en *Newsweek*.
 3. "In From the Cold?," *Economist*, 12 de marzo de 2009, <http://economist.com>.
 4. Para un análisis más completo de este fenómeno, ver Asbjørn Wahl, "To Be in Office, But Not in Power: Left Parties in the Squeeze Between People's Expectations and an Unfavourable Balance of Power," (Ocupar un cargo pero no el poder: los partidos de izquierda atrapados entre las expectativas de la gente y un equilibrio desfavorable de poder), en Birgit Daiber, ed., *The Left in Government: Latin-America and Europe Compared* (Bruselas: Rosa Luxemburg Foundation, 2010).
 5. Michael Hudson, "A Financial Coup d'Etat," *Counterpunch*, 1-3 de octubre de 2010, <http://counterpunch.org>.
 6. "CES: The European Social Model," <http://etuc.org>.
 7. "In From the Cold?"
 8. European Social Partners, "Joint Statement on the EU 2020 Strategy," 3 de junio de 2010, <http://etuc.org>.
 9. Citado en Terje I. Olsson, "Mer lønn og forbruk skal løse krisa" [La subida de los salarios y el consumo van a resolver la crisis], *Fri Fagbevegelse*, 8 de octubre de 2010. Originalmente en <http://fagbevegelse.no>; disponible en <http://archive.org/>.
 10. Comunicado de prensa de CES, "EU on a 'Collision Course' with Social Europe and the Autonomy of Collective Bargaining," 4 de febrero de 2011, <http://etuc.org>.
 11. Hay también quienes abogan por posturas más ofensivas, como, por ejemplo, las que ha estado defendiendo en la junta de la CES, Eduardo Chagas, Secretario General de la federación de trabajadores del transporte europeos (ETF), en los últimos años. Recientemente, algunos sindicatos de Europa meridional también han estado abogando por una huelga general a nivel de toda Europa. Conviene resaltar que las confederaciones de sindicatos nórdicos cerraban la marcha en estos debates.
 12. Murray Smith, "Den europæiske arbejderbevægelse under angreb!" [El movimiento obrero europeo bajo ataque!], *Kritisk Debat*, no. 56, June, 2010, <http://kritiskdebat.dk>.
-

-
13. Folleto conjunto de los sindicatos vascos ELA, LAB, STEE/EILAS, EHNE e HIRU, que llevaron a cabo un día de huelga general contra los recortes en las pensiones y los ataques al estado de bienestar. Ver <http://labournet.de>.

